

TATA VIEJO
Memoria novelizada

Julio C. da Rosa

A mis nietos Sebastián e Ismael da Rosa Longo, entrañables colaboradores en la computarización del presente libro, con el deseo de que tengan la suerte de encontrar un abuelo como nuestro querido Tata Viejo.

J.C.d.R

Este libro

El propósito que inspiró la concepción teórica inicial del presente libro fue el de presentar, lo más didácticamente posible, una frondosa serie de cuentos breves, de ambiente campesino, que publiqué, hace ya bastante tiempo, en el suplemento infantil “El día de los niños” del diario El Día, cuyos protagonistas son un abuelo y su nieto. Se me convenció de que la descripción pormenorizada de tareas y costumbres de la vida rural uruguaya de tres cuartos de siglo atrás, contenida en dichos relatos podría ser, de algún modo, útil para la enseñanza de lo nuestro.

Además de los múltiples correctivos y adaptaciones que, con tal fin, introduje en aquel primigenio material, creí conveniente, a efectos de hacer más amena y provechosa su lectura, unir las distintas secuencias del mismo, mediante un tenue hilo novelístico: de ahí el subtítulo.

No es fácil eludir la incertidumbre que provoca la repentina aparición de esta recién nacida criatura, echada al mundo con tan concreta misión. Evidentemente, el caso no tiene otro remedio que el juicio de presuntos lectores y usuarios, al que corresponde atenerse con esperanzada serenidad.

El Autor

I - Nosotros

Personas propiamente dichas, éramos siete en casa: mis padres, el abuelo, mis hermanos Pepe y María, mi prima Blanca Celeste y yo. Digo “personas propiamente dichas”, porque estoy seguro de que entre

la respetable cantidad de bichos que nos acompañaban, había muchos que eran mucho más gente de lo que mucha gente podría creer. Como por ejemplo, el zaino Matusalén, el petiso Malaentraña, Cacique y Guaraní (cuzco y ovejero respectivamente), el gato Caupolicán, la gata Guyunusa y una pléyade de gauchos en la que estaba representada buena parte de la escala zoológica a nivel de mamíferos y alados, desde vacunos a capinchos, desde teruteros hasta ñandúes.

Perdónese la inmodestia; pero antes de seguir contando debo decir que de todos los gurises nombrados, el mayor era el firmante de estos recuerdos, con sus siete años, tres meses y veintiún días en el momento desde el cual ellos arrancan, es decir, un mes y cinco días más que mi prima Blanca Celeste. ¡Mi prima Blanca Celeste!... Me sentiría muy contento si, a lo largo de estos relatos, lograra transmitir qué prima fue ella para mí; ¡qué blanca, qué celeste!...

Por muy María que fuera su nombre, mi hermana, en casa, se llamaba Maruja, y para nosotros los gurises, Llamarada a causa del color encendido de guedeja y pese a que el mote no le hacía ninguna gracia. Algo parecido pasaba con mi hermano José, Pepe, pero a causa de la pelambrea retinta.

En cuanto a mí, mi nombre es Martín; pero me le agregaban todos los conocidos junto a los cuales él suele aparecer: Fierro, Pescador, Gil, Aquino, etc. El que más me gustaba era el de Martín y Pico, que me había puesto un caminante a quien yo abrumé de atenciones y hasta un cuchillo de mi padre le obsequié.

La última en llegar a nuestro clan fue Rosaura, la mimosa hasta de los bichos. Yo hubiera querido que se llamara Blanca o Celeste.

Vivíamos en las proximidades de un pueblito tan “flauchín”, que no era pueblo sino centro poblado o rancherío y ni en el mapa figuraba.

Teníamos doscientas cuerdas de campo, chacra, quinta y monte: vacas, ovejas, caballos, aves y chanchos. Pero, como con solo eso parece que no alcanzaba para “parar la olla”, como decían en casa los mayores, mi padre trabajaba por ahí en changas de zafra o de ocasión, sobre todo tropeadas. Yo me quedaba muy triste cada vez que él se iba, solicitado por alguno de aquellos quehaceres que solían retenerlo hasta más de un mes fuera de la casa. Un día le pregunté, mientras el ensillaba su caballo de salidas:

—¿Cuándo me vas a llevar de ayudante?

—Cuando seas hombre.

—¿Y qué te parece que soy?

—Yo digo que.... un pichoncito de hombre.

Me dejó contra el suelo: salí como quemado con zapallo, a contarle

lo ocurrido al abuelo.

-¿Podrá creer, abuelo que me trató de pichoncito?...

Cosas de los padres: siempre les parece que para los hijos no pasa el tiempo; cuando quieren acordar, tienen semejantes toros al lado y los siguen tratando como a terneros.

“Eso sí que es ser un hombre inteligente” -pensé, le di un abrazo de agradecido y me fui a contarle todo a Blanca Celeste.

II- La Pararrayos

A nadie como a mi madre deben tanto estos recuerdos. No en balde a nadie como a ella le debo tanto yo. Mi hermana Llamada decía que era buena y que, si no fuera tan rezongona, más buena sería. Cada día lamento más no haberle dado la debida contestación: “si mamá no rezongara ¿quién habría de rezongar en nuestra casa?; y si nadie rezongara, ¿qué sería una casa con cuatro gurises?”

Decía que ella era “sentimental y romántica”, y siempre nos leía versos de mujeres; lindos cuentos, un poco cargados de chiquituras, magias y felicidades; y una novela que hablaba de los amores de un casal de gurisotes- buenazos pero medio abombados - llamados Efraín y María.

El hecho más lejano que registra mi memoria respecto a mis relaciones con mamá, es el pedido que le hice una vez para que se sacara una fotografía.

Cuento: no podía figurarse la imagen de mi madre, si no era con una bolsa de ropa sobre la cabeza o sobre un hombro. No podía, seguramente, debido a que, desde que fui consciente, la vi acompañada de aquella carga durante las mejores horas de cada día, pues por las mismas razones que mi padre era “veinte oficios”, mi mamá era lavandera.

Se acostaba tarde de la noche; pero antes de irse a su dormitorio, pasaba por el nuestro y tras asegurarse de que dormíamos bien nos dejaba un beso en cada frente.

Aquella noche yo estaba esperándola; apenas se aproximó, le crucé los brazos sobre el cuello, susurrándole:

-Quiero un retrato tuyo.

-¿Para qué retrato, si me tienes a mi?

-Siempre estás con la bolsa....

-¿Y eso qué tiene?

-Tiene la bolsa; yo te quiero sin ella.

Me hizo el gusto. Un domingo se fue al pueblito y volvió con un

retrato que me dejó deslumbrado. Si hasta entonces yo estaba seguro de que ella era la madre más bonita de por allí y alrededores, desde entonces me sentí el hijo de la mujer más hermosa del mundo.

Debió pasar mucho tiempo, para que me confesara que aquel retrato se lo había prestado la abuela (su madre), y que reproducía la figura de mamá, el día en que cumplió sus quince años. Era realmente preciosa; guardo hasta ahora el retrato.

Éramos amigos de verdad. Es cierto que era rezongona y que hasta alguna vez pudo ser injusta, como se lo reconocí a Lllamarada en más de una discusión sobre casos y cosas de la vida. Pero, ¿quién pudo ser para mí más madre que ella? ¿A quién, si no a ella, debió su felicidad mi padre, aquel hombre raro cuya amistad yo quise conquistar desde que me sentí gente?

Lo cierto es que, para reconocer estas cosas, tuve que pasar por una muy amarga experiencia. Fue cuando se enfermó Pepe, mi hermano, y mamá debió acompañarlo durante casi un año en la ciudad. Nosotros quedamos a cargo de una tía que era más que jugar con fuego. Al regresar mi madre, le imploré:

-Otra vez no vayas a dejarme.

-¿Por qué?...

-Porque no podré aguantar tanto tiempo sin tenerte cerca.

Ella me cubrió de besos húmedos y calientes.

III - Por Siempre Tata Viejo

De todos los mayores, el abuelo era el mayor: la persona con quien mejor nos entendíamos los gurises. La verdad es que se trataba de un hombre viejo fuera de serie, como se dice ahora.

-Usted, abuelo, siempre tiene las porteras abiertas, ¿no?

-¿Qué quiere decir, mi nieto?

-Que apenas uno le grita "para allá voy", usted le contesta "te estoy esperando".

-¿Y qué de particular tiene eso?

-Tiene que no todo el mundo contesta lo mismo, y menos a cualquier gurí.

-Usted se olvida de dos cosas: una, que es mi nieto: otra, que aunque no fuera mi nieto, nunca podría ser un gurí cualquiera.

Estuve en un tris de preguntarle por qué decía esto último, pero por las dudas preferí interpretarlo a mi modo: y creo que hice bien, porque la conclusión que saqué me quedó por mi tiempo yo no sé bien dónde;

pero, eso sí, semejante a un caramelo entre la lengua y el paladar, me quedó.

Otra ocasión en que sentí la necesidad de expresarle, más que mi admiración, mi agradecimiento por su modo de ser con la gente menuda, creo que no estuve del todo bien al preguntarle si él estaba seguro de haber sido gurí alguna vez; porque me quedó mirando serio, sin contestarme una palabra. Yo me quedé hecho una desgracia y deseando ser todavía menos que eso.

No era hombre de letras ni cosa parecida; pero, eso sí, proseaba lindo y parejo. Me hacía centenares de cuentos, y, de cuando en cuando, me largaba una verseada. Decía que sus cuentos se dividían en dos grupos: uno, el de los de su cosecha de la vida (muchos de ellos, preciosas mentiras que estoy tratando de rehacer); el otro grupo, era de cuentos que tata había leído - más bien escuchado leer - de escritores, como, por ejemplo, un viejo ruso grandote y barbudo, llamado León de no sé cuántos: algunos orientales del Uruguay, y, principalmente, de un grueso libro que contaba las mil andanzas de un individuo muy flaco, algo entrado en años y bastante tocado que, según tata, se había pasado la vida sacudiéndose a lanza y espada, con intenciones de enderezar el mundo. Los versos, mi abuelo los sacaba de otro libro - gastadito de tan viejo y usado - que el guardaba con cuidados de cosa muy querida, llamado Martín Fierro.

Me gustaba acompañarlo en sus quehaceres de casa, quinta, chacra y monte. No solo me dejaba ayudarlo, sino que me iba explicando cada tarea:

-Primero hay que suavizar y limpiar bien la tierra.

-¿Por qué?

-Porque si no, las semillas se le resisten y no nacen

-¿Se resisten?

-Ah sí... Después hay que abonarla y regarla.

-Si no, ¿también se resisten las semillas?

-Pueden las plantillas morir de hambre o de sed.

-No me dirá que comen...

-Comen, duermen, respiran, tienen hijos y los crían...

-¿Las plantas?

-Claro

-No tan claro, abuelo.

-Bueno, escuche, entonces.

Me daba una larga lección sobre funciones de raíces, tallos, hojas, flores y frutos. Corresponde aclarar que, aunque en este libro, dichas

tareas de mi abuelo y yo, estén tratadas en capítulos independientes, ellas se intercalaban entre los demás quehaceres que también aquí se evocan.

Para completar la imagen de lo que era, para mí, aquel viejo grande, bueno y lindísimo, cuento que, cada vez que yo conocía a un gurí, lo primero que le preguntaba era

–¿Tenés abuelo?

A veces sí, a veces no; pero siempre remataba más o menos así:

–Yo tengo un viejo que, de tan abuelazo que es, lo encuentro medio parecido a Dios.

LIII- Fatídica Langosta

1 - Pánico

Voy a recordar días amargos.

Todo empezó una mañana de noviembre, a eso de las once, en que caminábamos mi abuelo y yo, de la chacra a las casas. Estallaban los colores, bajo la inmensa lumbrer solar; al descampado, ya ni hormigas se veían. El aire era tan cristalino, que se divisaban las arboledas lejanas.

Habíamos ido y venido durante más de dos horas, a lo largo de los surcos atestados de planta verde, fragante, promisoría. Veníamos cubiertos de polen, oliendo a savia, a barba de maíz en manteca, a flor de zapallo, a chaucha de poroto. Alegres, veníamos; yo, déle preguntas enrabadas; el viejo, contestándolas, o no.

–¿Por qué yo no puedo tener un hijo, abuelo?

–Pues... porque recién salió de la cáscara.

–¿Y eso qué le hace?

–Que los dos se morirían de hambre.

–¡De hambre, habiendo tanto que comer!...

–¡De hambre, como cualquier pollo recién salido de la cáscara, que quiera tirárselas de gallo!

–¿Por qué?

–Ah... mire, ¿sabe una cosa?

–¿Qué cosa?

–Escuche: lo invito a traquear más ligero; si no, este sol va a llegar al mediodía, antes que nosotros al mate.

Solo pensar que el sol pudiera caminar mas rápidamente que nosotros, me llevó a leguas y leguas de mi pregunta inicial. Estaba tratando de encontrar la manera de que mi abuelo pudiera tomar mate tranquila-

mente, cuando me llegaron aquellas exclamaciones de él, que... no eran de él:

–¡Eh!...¿Cóoomo?...¡No puede ser!...¡Noo, he dicho!...

Me volví y lo encontré en algo así como un quejido, mirando hacia el cielo, con las manos en las caderas.

–¿Qué le pasa, abuelito?

–Mire, mire, mire allá, un poco más arriba, contra el sol; ¡ah!...

–Sí, estoy mirando...

–¿No ve una multitud?

–Sí... una cantidad de puntitos brillantes.

–Millones y millones.

–Sí... parece que fuera una colmena, abuelo.

–¡Langosta, mi nieto!...¡Langosta!...¡Lan...gooo...staaa!...

Y salió en un trote afligido, rumbo a las casas, como disparando de aquella visión de allá arriba. Tras él salí yo, empapado de terror: por primera vez veía en aquellos apuros, a un hombre tan dueño de sí, a quien yo siempre había tenido por superior a todas las desgracias habidas y por haber. Pensé que, de repente, la tierra estuviera por hundirse.

Me cuesta describir el cuadro con que nos encontramos allá: me cuesta, por falta de palabras que tengan ahora el mismo significado de las que me habrían servido entonces. Es muy distinto contar cosas a gente que tenga la misma experiencia que uno, que contárselas a quienes no la tengan. Pero transmitir lo que se percibió a través de los cinco sentidos, nunca, durante días y días ni siquiera aproximarse a esto otro que, está en uno, pero nadie sabe dónde.

Por ejemplo, nada me cuesta ahora describir cómo aquella nube tostada, se fue desgranando sobre el verdor de los sembrados, y sobre mi abuelo, en una lluvia de gotas marrones, zumbonas, aladas, patudas y hediondas. Lo que me cuesta, es compartir con los demás, solo a través de palabras escritas lo que, simultáneamente con todo eso, estaba ocurriendo en algún lugar de mí, que, por mucho que lo buscara entre piel y huesos, no habría de encontrarlo jamás.

Se trataba de una imagen de todo aquello que, más que el color, el ruido, el olor, el tamaño, etc. de la langosta cayendo sobre los cultivos, incluida la figura del abuelo viejo debatiéndose como un héroe contra la plaga, lo era el hecho de saber, por una conversación de tiempo atrás con el viejo, lo que todo aquello significaba para la familia:

–Así como la ve, esa plantita que recién asoma sobre la tierra, es la esperanza más cierta para nosotros los pobres - me había dicho él, durante una de aquellas visitas periódicas que solíamos hacer a la chacra; y yo:

—¿Esperanza de qué, abuelito?...

—Esperanza, bueno...esteee... Vamos, que se nos viene el mediodía encima.

Tanto le rogué, que lo hice confesarme:

—Esperanza de no pasar hambre, pues.

A fuerza de banderas de trapos y arpillera, gritos y ruidos de toda clase, tropeamos grandes mangas de langosta, expandiéndose sobre todas las superficies o cayendo sobre las arboledas hasta desgajarlas; las peleamos bravíamente, empuñando pesadísimos chicotes de alambre que proveyó el gobierno: enfrentamos sus incontenibles marchas masivas mediante barreras de hojalata - también provistas por la policía - que enseguida ellas desbordaban en imponentes oleadas, rumbo a las plantaciones; las achicharramos a montones, con infernales lanzallamas, igualmente prestados; enterramos millones de ellas, en profundos zanjones naturales o abiertos a pico y pala; las vendimos al peso a los bolicheros que las pagaban con plata del Estado. Pero nada se pudo contra la langosta: la langosta arrasó hoja y corteza de los montes, se tragó cultivos y pasturas, cubrió la tierra con una costra parda y repugnante. La langosta desovó, para transformarse en la mosquita que lunareó de manchones los chilcales, y luego en la saltona invasora y después, de nuevo, en la voladora permanentemente voraz.

Lo bien cierto fue que, si la esperanza de no pasar hambre, se hizo realidad, en casa, aquella vez, como en tantas otras, fue gracias a la entereza formidable de aquel viejo gigante, aquella mujer pararrayos y aquel paisano buscavida, de quienes mis hermanos y yo, tuvimos la suerte de ser hijos y nietos. Ya he contado, cómo frente a las caras más herejes de la desgracia, ellos tres sabían multiplicarse para seguir tirando: ventas de pieles, frutas y facturas caseras; lavados y planchados de afuera; changas y changas de arreo y otras, por esos caminos, nada escatimaron en medio de la pelea por la vida; cada cual en lo suyo.

Llegamos a las casas en el mismo son: él, a toda carrera, gritando “¡langosta, langosta!; yo, a su retaguardia, azul de pánico.

Suerte que mamá era una mujer bárbara. Apenas nos vio, se plantó en medio del patio.

—¡Por favor, papá, que el mundo no se acabó, y hay más chiquilines en casa! —le gritó al suegro, con el mismo tono que si retara a un gurí; y a mí:

—¡Venga, pobrecito! No tenga miedo ¿oyó?

—¿Qué es lo que pasa, mamá?

—Nada que no se pueda remediar: viene langosta, peligra la planta... y nada más.

–Pero abuelo se asustó.

–Sí... claro, la impresión: no hay que olvidarse de que el pobre ya está más viejo que nosotros...

–Entonces no hay desgracia, mamá; ¿vos estás bien segura?

Sin contestarme ni jota, salió a los gritos, llamando a los demás gurises.

2 - *Denodada e infructuosa pelea*

Ocupado en hacer banderines de arpillera y sonadores de cuanta clase hay, abuelo ni mate tomó aquel día. A la hora del almuerzo, mientras todo el mundo se sentaba en torno a la mesa, salía él hacia la chacra, empujando una carretilla cargada con aquellas herramientas que recién había fabricado.

Viéndolo irse, me mandó mamá decirle que la comida estaba servida.

–Dígale a su madre que en la chacra está servida la mesa de langosta –contestó y siguió duro.

–Oiga, abuelo: no le niegue aunque sea una lucecita a este nieto.

–No le niego: enseguida de comer vénganse todos a la chacra; todos, incluidos perros y gatos.

Para ser el primero en llegar a hacerle compañía al viejo, debí pelearme con mi madre durante el almuerzo:

–No te levantarás de la mesa mientras no comas el postre - me ordenó ella; y yo:

–¿Aunque arda el mundo, mamá?

–Aunque arda el mundo.

–¿Y nos quedamos todos?

–Y nos quedamos todos.

–Bueno, pero.. yo no puedo permitir que a mi abuelo se lo coman las langostas –dije, y salí disparando rumbo a la chacra.

Pero enseguida me detuve: no pude menos que llamarle la atención a mi madre acerca de una nube de humo de color avinagrado, que, apenas salvando la punta de los árboles, contra el cielo azulísimo, deslizándose en dirección de la chacra.

–¡Langosta! –gritó ella, mientras que contra el suelo y los techos comenzaban a golpear multitudes de bichos patudos y malolientes. Ahora sí, convocó a todos, para salir hacia allá y, tal como abuelo quería, hasta el gato marchó.

LX - Imposible Adiós

Abuelo pasó largos meses, preparándose para lo que se venía. Aunque mucho evité entenderlo, en un principio anduve confundido sobre el porqué y el para qué de ciertas conversaciones a las cuales me empujaba entre queriendo y no queriendo. Al fin, me di cuenta de que –como siempre, en todo– también en esa paciente tarea de cuentagotas, tuvo razón aquel irrepetible viejo cargado de saberes.

Si él no hubiera hecho lo que hizo, no sé si yo habría resistido un sorpresivo choque contra el imponente golpe que se me vino encima. Tata viejo supo graduarlo de tal forma que, cuando lo recibí, yo ya estaba medio inmunizado contra él. Un buen día, me salió:

–Pensar, mi nieto, que en el próximo otoño, usted va a andar tocándose el techo a los ocho años...

–¿Techo, tata?

–Claro, techo de los ocho y.. piso de los nueve; casi un hombrecito ¿no?..

–¿Tanto, cree usted?

–Bueno... digo como quien dijese...

Algún tiempo después:

–No sé, mi nieto, si usted habrá pensado que un día tendrá que ser alguien.

–¿Cómo un día?... ¿Ya no estoy siendo su nieto viejo y peludo?

–Mucho más que eso, digo.

–Por ejemplo...

–Una persona más importante que su padre, mucho más que este pobre abuelo viejo que le tocó en suerte.

–¿Más importante que él: más todavía que usted?

Me quedé hamacando la cabeza.

Algo después:

–¿Usted hallará que los tiempos cambian, don Martín?

–¡Mire si no!

–¿Y la gente?

–También cambia, hijo.

–Si usted dice...

Ahí me dejó, hasta no sé cuándo; no sé cuándo, arremetió:

–Se nos vienen los finales de los tiempos, compañero viejo

–Hablando de tiempos: hace rato que usted se me está poniendo bastantito desconocido, tata y disculpe, ¿sabe?

–No me pida disculpas, si usted tiene razón.

–Entonces, lárguese, abuelo

Se largó: todo consistía en que debíamos irnos al pueblo, para que nosotros, los gurises, entráramos a la escuela.

—¿Y usted, Tata viejo?

—Yo iré quedándome por aquí, hasta que las cosas se den vuelta.

—¿Por aquí, usted, y yo por allá?

—Pues sí, señor.

—¿Y qué va a ser de mí allá sin usted?

—Pues el pueblo, la escuela y... todo lo que sigue; ¿qué me dice?

—Le digo: ¡Pobre de mi abuelo!

—Pero... si ya le expliqué todo lo que se viene...

—Sí, tata; pero nada me dijo sobre lo que se va...

Llegaron, casi enseguida, los preparativos para la mudanza. Vino del pueblo a buscarnos un camión que, en menos de una hora, quedó cargado de muebles y toda otra clase de cachivaches con reserva de los lugares donde debíamos acomodarnos todos: todos, hasta perros y gatos; todos menos Tata Viejo, quien allá habría de quedarse, sin más compañía que las de la soledad y los recuerdos de aquellos lugares, donde habían transcurrido los más lindos de todos mis días.

No olvidaré la despedida entre apretones y susurros empapados en lágrimas. Menos podré olvidar la figura de mi abuelo, haciéndose chiquita, hasta borrarse en la distancia. Me tapé la cara con las manos y me dejé llorar y gemir como un pobre bichito abandonado.

Solo yo sé lo que significó para mí la compañía de aquel viejo sabelotodo como un libro, bueno como un árbol, a lo largo y lo ancho del enorme montón de años larguísimos y demorones, que nos deparó la vida, allá, entonces. Felizmente, la bienhechora presencia de su recuerdo, se ha vuelto imperecedera, en medio de estos salvadores (a veces desolados) territorios de la memoria.